

Actas del
VI Congreso Internacional
***CELEHIS* de Literatura**
Literatura argentina, española y latinoamericana



(Rufino Tamayo, Sandías, 1968)

6, 7 y 8 de noviembre de 2017
Mar del Plata, Argentina



Actas del VI Congreso Internacional CELEHIS de Literatura / Acosta, Ricardo ... [et al.] ; compilado por Virginia P. Forace; María Pía Pasetti. - 1a ed . - Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2018.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-544-817-9

1. Estudios Literarios. 2. Actas de Congresos. I. Acosta, Ricardo, II. Forace, Virginia P., comp. III. Pasetti, María Pía, comp.

CDD 807

Fecha de catalogación: 21/03/2018

ISBN 978-987-544-817-9



9 789875 448179



CENTRO
DE LETRAS
HISPANOAMERICANAS

Facultad de
Humanidades / UNMDP
Portal de Encuentros

**Cartas, afectos, síntomas:
para leer *Querido Nicolás*, de Pablo Pérez**

Juan Ariel Gómez

UNMDP

Las “potencialidades expresivas propias” (Spang 2000, 639) de la novela epistolar son las que, asoladas por la crítica en búsqueda de etiquetas o convenciones que se reiteran en un diferencial temporo-espacial que contiene siglos, han sido alcanzadas por estos tiempos presentes de postautonomía, de postliteratura, entre o por encima de imágenes, o metáforas, de opacidad, o borramiento, de fronteras genéricas. Como diría Claudio Guillén, “se sigue optando y cultivando un género” (1997: 77), y bien sabemos que su ley no radica sino en su propia impureza productiva, o falta, precisamente, de nitidez en cuanto a límites para ser cultivado en tanto permite su expansión, o abarcamiento, o invocación, o aglutinamiento. Voy a tomar un ejemplo, el de una novela contemporánea escrita por Pablo Pérez el año pasado, *Querido Nicolás* (Buenos Aires: blatt&ríos, 2016), para examinar la cuestión de la economía entre la ficticia duplicidad del remitente y destinatario y su potencial multiplicidad, un paso de lo íntimo a lo éxtimo que Guillén llamaba el “doble pacto epistolario”. Asimismo, cada una de las cartas que envía el viajero Pablo a su amigo Nicolás encierra una productiva anacronía, porque las leemos, por estos días, como si abriéramos una caja que contuvo esas cartas al resguardo de algunas décadas hasta que ojos nuevos las leyeron, unos veinticinco años después de haber sido escritas. Leemos contemporáneamente, a su vez, una novela que ficcionaliza el mismo tiempo que la crítica puntúa con el ensayo de

Guillén. Para volver al comentario de Guillén, Pablo Pérez ha optado por el subgénero epistolar y lo cultiva aferrándose a sus potencialidades.

Dice Pablo en una de sus tantas cartas, una que le envía desde Madrid, a Nicolás, en Buenos Aires:

Cuando salí, habiendo pagado el anticipo para que me reservaran la habitación, observé que a la vuelta estaba la Biblioteca Municipal, estoy casi seguro de que será otra habitación de mi casa, así como lo es (y tomo tu expresión) nuestra correspondencia. (85)

Podría detenerme en las posibles formas que la ficción engendra para alojar los afectos como representaciones, por qué no, como energías textuales que contribuyen al armado mimético que se enmarca en este caso en una serie de cartas enviadas entre los últimos años de la década de 1980 y 1992, y leer esa metáfora de la habitación para la correspondencia: un espacio ficcional amueblado con cartas que a su vez, como todo objeto querido contiene, por sobre todo, la afección que tácitamente se comunica en su escritura interesada, correspondiente, en el caso de lo que representa la novela, o en el envío de un mensaje privado en cualquier forma contemporánea de comunicación entre personas.

Si la correspondencia es otra “habitación de la casa” de Pablo, me interesan tres objetos, y se verá después por qué eludo la analogía de muebles u ornamentos, de los múltiples que contiene esta espaciosa habitación en sus casi trescientas páginas. El primer impacto es el que imprime la abundancia escritural de la carta en tanto forma textual sometida a variaciones, acompañada de agregados, superpuestas entre fantasías epistolares. Un mariconaje desbordante de citas, datos, poemas, digresiones, divagues, y elucubraciones varias. En una carta de noviembre de 1989, es decir, una de las primeras una vez que Pablo ha llegado a Madrid, escribe:

Ya salí varias veces. Estuve en un lugar que se llama Cruising. Un tanto sórdido para tu gusto. No se ve nada en algunos rincones y en otros apenas se ve. Me metí en un cuarto oscuro bastante orgiástico y me orienté con el tacto para descartar viejos, pelados y fofos. Resultó. Gané un bellissimo chongo italiano de veinticinco años, Carmelo. Fuimos a su casa. Cogimos y escuchamos canciones de amor italianas. (54)

La carta incluye un dato, el de un boliche/antró gay, y una narración, breve, en cortes, súbitos, fragmentos de un relato que quiere comunicarle a Nicolás. Contienen poemas también. Una carta del 13 de febrero de 1990 me permite volver a esta particular densidad, o condensación, que caracteriza también la escritura del epistolario de Pablo. En este caso es como si en la premisa metaescrituraria de *Querido Nicolás*, el subgénero no pudiera no desbordarse a una insistencia en el exceso genérico, o en el abigarramiento de convenciones que se entremezclan. Como una catalizadora de formas, la carta acomoda, decía, poemas: “Estoy escribiendo mucho, casi a diario, ya no solo cartas, estoy también corrigiendo, tejiendo y destejiendo los poemas para el libro. Lo que sigue son correcciones.” (86).

Y pasa a incluir, y no será la única vez en la serie de cartas que conforman la novela, transcripciones de sus poemas que ha corregido para que Nicolás comente. Así volvemos a lo que decíamos antes acerca de la insistencia en una escritura que se reflexiona a sí misma. Pablo escribe y traduce. Y sus cartas encierran una reflexión constante sobre esa experiencia:

Si mal no llevo la cuenta, vengo escribiendo ininterrumpidamente desde hace poco más de cinco meses, al menos cartas, y eso merece un festejo, pienso, y mi festejo ahora sólo puede ser contártelo. Y desde hace un mes, no sólo cartas sino también un libro. No tengo poemas nuevos pero corrijo y completo los viejos. (91).

Las cartas también despliegan una economía dramática del distante y melancólico afecto gay en sus líneas. En una de las primeras cartas, escrita desde París

en septiembre de 1989, dice Pablo: “Empiezo mi carta hoy. Debería tener un poco de paciencia y esperar la tuya. Pero no. No puedo. Es como preguntarle a alguien “¿Cómo estás?” y esperar veinte días para que te diga “bien” y luego seguir el diálogo.” (19).

Esa impaciencia también está en la insistencia de las preguntas y el pedido: “¿Qué pasa que no recibo cartas? Por favor, contesten mis cartas rápido. Los necesito.” (22) Toda una indexación del afecto contenido en las cartas podría intentarse. Cartas melancólicas, ansiosas, enamoradas, desesperadas, y así. Escribe Pablo desde Madrid: “Un consuelo para mi tristeza. Creo que estoy pasando uno de los momentos más tristes de mi vida. Sí, el más triste. Espero poder festejarlo pronto.” (63).

La correspondencia vendría a ser el escenario sobre el que se despliega el afecto y sus diversas configuraciones y registros. De hecho, el enmarcado de las cartas como táctica ficcional cuenta con procedimientos metaficcionales también vinculados a la afección:

Pero ya te dije, necesito contarle a alguien todo lo que me pasa, necesito el consejo de un amigo, el consuelo, aunque sea por escrito. (74)

...

Pasan una película en la tele. A propósito, últimamente estoy hipersensible y me brotan unos lagrimones en las situaciones más dispares (de la televisión, claro): película de Navidad, película hollywoodense, *Los Cuentos de Andersen*, *Fama*, la ejecución de Ceaucescu, la mujer que junto a su marido gana en un programa de concursos una segunda luna de miel y llora porque nunca en su vida tomó un avión. No son ataques de llanto largos sino brotes de lágrimas de unos pocos segundos. (76)

Pero las cartas de *Querido Nicolás*, en el plano de las formas, incorporan también un dato que funciona como una consecuencia de su lectura. Las cartas de Pablo comienzan a mencionar una tos, que se hace crónica, y que casi un año después de que hubiera comenzado como síntoma llevan a Pablo, eventualmente, a confirmar que es HIV positivo. Así se incorpora un tercer aditamento a sus cartas, que se reformula en cada lectura de sus líneas. Es el plano mimético el que informa, el que narra la

experiencia de vida, de super-vivencia de Pablo, a comienzos de la pandemia global de VIH-SIDA; y lo que termina por hacer de una convención que podríamos emparentar con una disrupción ética al ser testigos lectores de una correspondencia pretendidamente íntima que en su enmarcado ficcional se abre a potencialidades epistemológico-cognoscitivas. Con esto quiero decir que la ficción suspende su ficcionalidad todavía más, es decir que se abre, en una serie de cartas, a la mención del gradual paso de Pablo a la positividad como “posibilidad de vida” (Giordano 2006: 111). Una primera carta, que envía Pablo desde Madrid el 11 de septiembre de 1990 pareciera anticiparlo todo. En ella le cuenta a Nicolás que un amante parisino, Bernard, lo había visitado en Madrid “un par de días. Una mañana, mientras desayunábamos, me contó que tenía sida. En ese momento se me desmoronó todo...Era seropositivo y no quería que cogiéramos para que yo no corriera riesgos de infectarme” (140). Unos días después cuenta que “recibí una carta de la prepaga, donde me comunican que mi tratamiento para la tos no lo van a cubrir porque se trata de una ‘enfermedad preexistente al momento de contratar el servicio’” (144). Entre “andanzas nocturnas, mucha borrachera y mucho sexo en cuartos oscuros”, después de dejar su trabajo en Madrid y volver a París, en relativamente poco tiempo, algo más de un mes después, a poco de reinstalarse en Francia, le escribe el 30 de octubre de 1990 y le adelanta una noticia buena y otra mala: “las dos influyen en que ya no quiera saber nada con los lugares gays” (153). Continúa Pablo:

Apenas llegué, empecé a ocuparme de mi salud: entre otras cosas hice el postergado test de HIV, y me enteré de que soy *seropositivo*, o *portador*, como creo que se dice en Argentina. No me sorprendió. Me habría sorprendido más si me daba negativo. Lógicamente, me entristece saberlo, si bien la seropositividad puede durar larguísimos años sin manifestarse ningún síntoma. Así que la cuestión de morirse casi no cuenta. Pero se trata de un estado diferente de la vida, el de ser seropositivo. Es como si portara la muerte. (153-154)

Este tercer momento que quería rescatar contiene desde el comienzo de este viaje personal dentro del viaje por Europa, aunque Pablo resulte ser todo un pasajero permanente, la afirmación en un principio de vida, de visitas, de intentos por crecer más en Europa, en distintos trabajos, y de continuar escribiendo, cartas, poemas, y traducciones. A pesar de que los números no fueran tan auspiciosos, a pesar de representar el comienzo de la difícil década de 1990 en la temporalidad de la pandemia de HIV, tiempos de AZT, pre ARV, Pablo se aferrará a eso de que “la cuestión de morirse casi no cuenta”. Cuando comienza a asistir a los “*Salons de Convivialité*, donde personas con HIV o sida, o parientes o parejas de alguna persona infectada, se reúnen, conversan, comen, beben, etc., etc.” (162-163), llega a reflexionar acerca de sus objetivos, en el medio de una imposibilidad para estabilizarse laboralmente: “Pensé en la diferencia de alguien que quiere distraerse y quien quiere divertirse. Distraerse me sonó siempre a hacer una cosa para olvidarse de otra, y a mí la seropositividad no me molesta al grado de querer olvidarla. Yo quiero DIVERTIRME sin distraerme” (163). Dos años después, Pablo continúa en París y ya ha curado su tos, las últimas cartas a Nicolás, para retomar la imagen de la decoración de la habitación-correspondencia contienen datos esperanzadores: está empleado, recibe tratamiento y está a punto de poder inscribirse en la universidad, escribe una novela, en versión bilingüe (263), y traduce unos cuentos para niños de Prévert. También es liberado, después de una demora de cuatro horas, paranoico, aterrado, en la Prefectura, a metros de Notre Dame, por no andar bien de papeles. Las palabras que, en *Viajes virales*, Lina Meruane (2012) ha dedicado a su lectura conjunta de un relato de Guillermo Saccomanno, “Deje su mensaje después de la señal”, y de la anterior novela de Pablo Pérez, *Un año sin amor: diario del sida* también resultan válidas para leer *Querido Nicolás*:

Vemos la aprensión del superviviente que no confía en la medicina y confronta el habitual desafío de existir en completa soledad o en compañía de extraños. La comunidad disidente está viva, activa, dispersa por todo el planeta; aunque el grupo haga sentir su presencia, pierde conexiones tan rápido como las forma. El miedo late dentro de este “mundo virtual del ‘entre nosotros’, provisional y permanente, real y ficticio...en el que las fronteras se diluyen, en el cual el cuerpo se esfuma” (Le Breton 191).

En tres modulaciones, al perseguir esa metáfora de Pablo de la correspondencia como habitación, se entrelazan cuestiones de forma y contenido en el enmarcado ficcional del conjunto de epístolas. La abundancia de los accesorios a los que se desliza una narración de Pablo, sus datos, sus elucubraciones, pero también sus reportes de visitas, y sus poemas, o sus crónicas del viaje ofrecen la decoración de las cartas con palabras que evocan afecto, que conjuran en su deseo comunicativo una serie de sentimientos o emociones que acompañan el arduo agregado de la seropositividad de Pablo en sus cartas. Una primera entrada por el amorfismo productivo de las cartas de *Querido Nicolás* hizo que me detuviera en la colección de emociones que sus cartas contienen, en particular, con el viaje de Pablo de aprender a vivir con VIH. Después de todo, como advierte José Quiroga en *Tropics of Desire* (2000):

Las cartas están hechas para ser quemadas, destruidas, o perdidas. El epistolar es el más contradictorio de los géneros: dice que uno posee más completamente si uno destruye, que uno habla de cosas al no hablar de ellas, y que el deseo es acerca de mirarse a sí mismo mientras uno escribe a otro. (33)

Referencias bibliográficas

- Giordano, Alberto (2006). *Una posibilidad de vida: escrituras íntimas*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Guillén, Claudio (1997). “El pacto epistolar: las cartas como ficciones”. *Revista de Occidente*, 197: 76-98.
- Meruane, Lina (2012). *Viajes virales: la crisis del contagio global en la escritura del sida*. Santiago: FCE.
- Pérez, Pablo (2016). *Querido Nicolás*. Buenos Aires: Blatt&Ríos.
- Quiroga, José (2000). *Tropics of Desire: Interventions from Queer Latino America*. NY: NYU Press.

Spang, Kurt (2000). "La novela epistolar: un intento de definición genérica". *Rilce. Revista de Filología Hispánica*, 16, 3: 639-656.